

# A eso que llaman sociología americana: a manera de introducción

Servando Ortoll\*

CIC-Museo, Univ. Autónoma de Baja California

---

## I

En enero de 2006, la Academia de teoría e investigación sociológicas de la División de Ciencias Sociales de la Universidad de Sonora, me pidió que coordinara un seminario sobre Conceptos y fundamentos del interaccionismo simbólico. El seminario -cuya temática resultaba fundamental para las reformas curriculares del Departamento de Sociología y Administración Pública- sería dirigido a profesores y estudiantes avanzados. Iniciamos nuestras reuniones en las instalaciones del departamento, el 8 de mayo de 2006; las concluimos el 22 de ese mismo mes.

Como parte del seminario –así lo planteé desde un principio– recorreríamos, a grandes rasgos, el pensamiento microsociológico “estadounidense” -a partir de la obra de George Herbert Mead y culminando con la de Peter L. Berger y Thomas Luckmann-, e identificaríamos los conceptos básicos de la corriente del interaccionismo simbólico (y cómo aplicarlos a situaciones sociológicas concretas). Además, como coordinador del seminario, me comprometí a impulsar a los participantes a que investigaran y “experimentaran” en el “campo” mismo, utilizando alguno de los postulados del interaccionismo simbólico, en particular de Erving Goffman o de Harold Garfinkel.

Lo que yo quería, en última instancia, era inducir a los participantes del seminario a que elaboraran un ensayo basado en sus propias experiencias o experimentos prácticos derivados de nuestras lecturas y discusiones, y que lo presentaran en público. Posteriormente, de considerarlo pertinente, buscaríamos publicar sus resultados en las páginas de la revista del Departamento de Sociología y Administración Pública: *Cuadernos de Trabajo. Material didáctico para formar sociólogos*. La lógica que propuse era la misma que seguimos con el primer seminario para profesores que coordiné dentro del Departamento: que una vez terminado el

---

\* Agradezco al Mtro. Felipe Mora Arellano su auxilio para ajustar esta introducción, y a la Dra. Dora Elvia Enríquez Licón, Directora de la División de Ciencias Sociales, su apoyo para que la publicación de esta revista se volviera una realidad. Recuerdo en este espacio la ausencia del profesor Víctor Hugo Martínez Escamilla, de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, cuyo inesperado y lamentable deceso le impidió formar parte de esta aventura editorial.

seminario, los participantes de éste (si no todos, al menos unos cuantos) produjeran un resultado por escrito que se divulgaría posteriormente en la revista.<sup>1</sup>

Temo reportar que las 25 horas de nuestro seminario no bastaron para cubrir todo el material que quería discutir, y que las mismas horas fueron insuficientes para inducir a todos (o a buena parte de) los participantes a que colaboraran en este número de *Cuadernos*. Dicen de todas maneras que para muestra un botón y qué mejor que el botón que presenta quizá el participante más asiduo dentro del seminario: Felipe Mora Arellano. En una de nuestras reuniones le surgió la idea de investigar y escribir sobre el corrido de Rosita Álvarez, analizándolo desde la perspectiva del interaccionismo simbólico. A este ensayo, cuyo contenido discutiré en la tercera parte de esta introducción, lo anteceden dos más: un artículo inédito en español de Erving Goffman – “Símbolos de status de clase” – en versión de Servando Ortoll y que aquí aparece impreso con el permiso de la compañía editorial Blackwell Publishing Limited de Oxford, Reino Unido, y el ensayo de Eduardo Calvario sobre la enfermedad: vista ésta, de igual manera, desde la lente del interaccionismo simbólico.

Dado que los miembros del seminario sobre interaccionismo simbólico no pudimos analizar en 25 horas todo el material reunido sobre el tema, unas cuantas páginas darán una panorámica de los temas generales que ahí surgieron y otros más que quedaron en el tintero para ser retomados con posterioridad. En las páginas que siguen expongo, a grandes rasgos, no la historia de la sociología norteamericana,<sup>2</sup> sino el desarrollo de sus ideas principales y cómo lograron difundirse y entremezclarse de manera tal que trajeron como resultado, varias décadas más tarde, el desarrollo de esa perspectiva de la sociología que Herbert Blumer bautizó con el nombre de “interaccionismo simbólico”.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> El primer seminario que coordiné sobre Georg Simmel, dio como producto la obra colectiva *Pensar a Simmel*, publicado en *Cuadernos de Trabajo. Material didáctico para formar sociólogos* N° 2, cuya edición quedó al cuidado de Felipe Mora.

<sup>2</sup> Albion W. Small afirmó, hace más de 90 años: “toda historia de la ciencia consiste menos del registro de descubrimientos de hechos o verdades absolutamente nuevos en sus puntos de transición, que en el colocar grados y variaciones de énfasis [...] sobre ideas durante mucho tiempo más o menos conocidas; o en encontrar nuevas formas de conectar viejas ideas con conclusiones aceptadas acerca de relaciones físicas, mentales o morales”. Véase Albion W. Small, “Fifty Years of Sociology in the United States (1865-1915)”, *American Journal of Sociology* 21 (1916): 721-864, en esp. 723.

<sup>3</sup> “El término ‘interaccionismo simbólico’”, escribió Blumer, “es un neologismo un tanto primitivo que yo acuñé sin pensarlo en un artículo publicado en *Man and Society* [en 1937]. El término, por alguna razón, se puso de moda y ahora es de uso general”. Véase Herbert Blumer, “The Methodological Position of Symbolic Interactionism”, en ídem, *Symbolic Interactionism: Perspective and Method*, 1-60 (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1969), 1, en nota al calce. Para una breve discusión sobre las implicaciones teóricas y metodológicas de esta perspectiva, con relación al supuesto “prejuicio” del interaccionista simbólico, consúltese Herbert Blumer, “A Note on Symbolic Interactionism”, *American Sociological Review* 38 (1973): 797-798.

## II

Imposible pensar en el nacimiento y desarrollo de la sociología estadounidense contemporánea sin que descolle en el escenario la figura gigantesca y distinguida de la Universidad de Chicago. Antes de que la institución se elevara en el horizonte, con el sólido apoyo financiero proveniente de Mr. John D. Rockefeller, la sociología progresaba a pasos aletargados. Había un profesor interesado por su versión personal de la sociología en una universidad, y otro en otra institución, como si fueran pequeños ojos de agua en una amplia región desértica del conocimiento social. Ciertamente, varias universidades –Harvard, Columbia y Johns Hopkins, entre otras– comenzaban a mostrar interés por una ciencia social que respondiera a –y solucionara– problemas palpitantes de la sociedad. Pero poco habrían avanzado (o al menos con la celeridad requerida) sin el nacimiento, en 1892, de la Universidad de Chicago.

En su historia sobre la sociología norteamericana, Albion W. Small afirma: “no hubiera habido un desarrollo tan rápido o tan extenso de la enseñanza de la sociología como ha ocurrido a partir de 1892, si no se hubiera fundado la Universidad de Chicago”.<sup>4</sup> El propio Small explica que este impulso no se debió a los “méritos intrínsecos” de la institución, sino a sus efectos galvanizadores sobre toda la comunidad académica estadounidense (en particular la del noreste), puesto que, desde su inicio, la creación de la Universidad de Chicago puso a todas las universidades más tradicionales a la defensiva.

Se difundió de inmediato la creencia mítica de que esta institución advenediza tenía la intención (y los recursos detrás de la intención), de hacer con las instituciones más antiguas ¡lo que el sistema de la Standard Oil había hecho con muchos de sus rivales! En gran medida la sospecha y el temor estimulado por el nombre de Mr. Rockefeller en los negocios fueron seguidos paralelamente por la reacción de las universidades más tradicionales hacia la nueva “Universidad Rockefeller” en Chicago. Es dudoso si la educación superior en Estados Unidos alguna vez ha recibido tanto estímulo de un evento único como el que provino de la fundación de la Universidad de Chicago. [...] Los celos y el temor llevaron a cada una de las instituciones más poderosas a esforzarse al máximo para mantener sus posiciones.<sup>5</sup>

La presencia inusitada de la Universidad de Chicago en el horizonte académico angloamericano tuvo como consecuencia no anticipada el ensanchamiento de la sociología. No sólo con la fundación de un

---

4. Albion W. Small, “Fifty Years of Sociology in the United States (1865-1915)”, 764.

<sup>5</sup> *Ibid.*

departamento de sociología dentro de la misma universidad sino también con el acercamiento de otros sociólogos pertenecientes a otras instituciones, que buscaban un grupo<sup>6</sup> que mostrara intereses en común, con el cual compartir ideas e intercambiar experiencias. El ser el solitario “sociólogo de casa” de universidades como Harvard y Johns Hopkins traía consigo no sólo el aislamiento inherente a hallarse en un lugar en donde no se comparte un lenguaje en común con nadie, sino la tacha indeleble del estigma.

A los sociólogos de otras instituciones educativas, en particular –aunque no exclusivamente– del noreste, atrajo la posibilidad del intercambio con estos profesores que contaban ya con un espacio dentro del cual –y desde el cual– podía desarrollarse un lenguaje común y se concedía enseñar en un área hasta entonces relegada: la sociología. Pero no bastaba con la presencia de la institución: había tan sólo dos sociólogos en la nueva universidad y se requería de más poder humano para fortalecer la nueva ciencia: los profesores Small –empeñado en el estudio de “la metodología de la investigación social”– y Charles A. Henderson, cuyo “centro de atención era la mejoría social”.<sup>7</sup> El nuevo departamento siguió funcionando durante un tiempo hasta el arribo de dos sociólogos más: los doctores G. E. Vincent y W. I. Thomas. Con la llegada de ambos el de Chicago se convirtió en el departamento de sociología más respetable, si no porque estaba conformado de manera independiente de otros departamentos, al menos en cuanto al número de profesores directamente involucrados en un programa particular de toda Norteamérica.<sup>8</sup>

Hacia el final de la primavera de 1895, ocurrió un hecho inesperado: sin que nadie se lo propusiera o lo anticipara, de pronto hubo fondos para crear una nueva revista que reuniera de manera virtual a todas las mentes que se inclinaban por el estudio de la sociedad desde una perspectiva que se alejaba de la psicología como se le concebía en esos momentos. La suerte trajo consigo que se pudieran canalizar los fondos que sobraban en otra área hacia la primera etapa de una empresa igualmente importante: la génesis del *American Journal of Sociology*. Sigue la historia de dicha génesis.

---

<sup>6</sup> En este caso particular –y en conjunción con la definición de David M. Potter– atribuyo este término a “un número no expresado de individuos [con] una identidad común suficientemente fuerte como para justificar clasificarlos como grupo”. Véase David M. Potter, “Explicit Data and Implicit Assumptions in Historical Study”, en *Generalization in the Writing of History: A Report of the Committee on Historical Analysis of the Social Science Research Council*, coordinado por Louis Gottschalk, 178-194 (Chicago: The University of Chicago Press, 1963), 184.

<sup>7</sup> Albion W. Small, “Fifty Years of Sociology in the United States”, 770.

<sup>8</sup> Es posible que la universidad haya invitado al propio Charles H. Cooley a trabajar en Chicago, pero él se negó: Cooley “pasó toda su vida académica en la Universidad de Michigan en Ann Arbor”. Me resulta interesante que durante el tiempo en que Cooley estuvo en la Universidad de Michigan “no se estableció ningún gran departamento de sociología”. Véase Hans-Joachim Schubert (comp.), *Charles Horton Cooley on Self and Social Organization* (Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 1998), 27.

Entre las asignaciones en el primer presupuesto para la Universidad de Chicago se encontraba un subsidio para crear una revista de extensión universitaria: la *University Extension World*. En 1895, tras intentarlo por tres años, el Dr. Harper había fracasado en sus esfuerzos por atraer a un grupo de suscriptores permanentes para la revista. Ante su fracaso y en vista de que tendría que renunciar al subsidio para la *University Extension World*, a Harper se le ocurrió que dicho subsidio podía utilizarse para otra publicación que bien podría convertirse en una revista de la nascente ciencia de la sociedad. De manera abrupta, tras una reunión de rutina con Small, Harper le preguntó a boca de jarro si estaría dispuesto a responsabilizarse por crear una revista de sociología. Small entendió que la pregunta de Harper era más que nada un “reto”:

Tras una breve consulta con mis colegas Henderson, Thomas y Vincent, le reporté al Dr. Harper que creíamos que existía una vocación para una revista de sociología, y que estábamos listos para asumir la carga editorial de tal publicación. Cuando se anunció poco después que la *University Extension World* se convertiría en el *American Journal of Sociology*, los editores no tenían siquiera promesas de suficiente material para llenar el primer número. Más que eso, algunos de los hombres que tratamos de interesar como colaboradores nos aconsejaron reconsiderar nuestro propósito, ya que era imposible que en el futuro cercano hubiera suficiente escritura sociológica para llenar esa revista. Sin embargo publicamos el primer número en julio de 1895, mientras era todavía dudoso que se pudiera obtener material para el segundo número del siguiente septiembre.<sup>9</sup>

La creación del *American Journal of Sociology* proveyó a los antaño aislados profesores con la posibilidad de conformar una primera comunidad sociológica virtual que permitiera a todos los interesados intercambiar sus ideas, sin importar en dónde se encontraran. Fue así que sociólogos de diversas partes de Estados Unidos –Charles H. Cooley, de Ann Arbor, Michigan, y Georg Simmel, de Berlín,<sup>10</sup> para citar dos ejemplos– pudieron transmitir sus ideas

---

<sup>9</sup> Albion W. Small, “Fifty Years of Sociology in the United States”, 786, en nota al calce.

<sup>10</sup> Fue el propio Albion W. Small, quien “estudió en Berlín y Leipzig entre 1879 y 1881”, conocía personalmente a Simmel. Small asistió a las conferencias de Simmel en Berlín, y se encargó de traducir al inglés sus artículos, mismos que aparecieron de manera ininterrumpida, en el *American Journal of Sociology*, entre 1896 y 1910. Más allá de traducir nueve de sus ensayos (algunos de ellos publicados por entregas en números sucesivos del *Journal*), Small se dedicó a dar a conocer la obra de Simmel discutiéndola en las mismas páginas del *American Journal of Sociology*. Véase por ejemplo Albion W. Small, “The Bonds of Nationality”, *American Journal of Sociology* 20 (1915): 629-683. Small al parecer rompió sus lazos amistosos con Simmel cuando confirmó que éste se había pronunciado “a favor” del Káizer y el Estado alemán durante la Primera Guerra Mundial. Para la postura de Small ante el militarismo germano, véase Albion W. Small, “Americans and the World-Crisis”, *American Journal of Sociology* 23 (1917): 145-173. Donald N. Levine coincide con que Small fue “el responsable de introducir a Simmel” en Estados Unidos “cuando la sociología comenzaba a establecerse en la academia” estadounidense, pero afirma que Small hizo todo lo anterior a favor de Simmel “pese a que no era uno de sus seguidores”. En mi opinión el rompimiento que se dio entre Small y Simmel cuando este último se pronunció a favor de la postura alemana durante la guerra, fue lo que llevó a Small incluso a vetar su obra sociológica. Para la postura de Levine, quien afirma además que Small “mantuvo correspondencia con Simmel y conversó

a sus lectores, no sólo de Chicago, sino de todos los diferentes centros universitarios que empezaron a suscribirse a la nueva publicación.<sup>11</sup> Ya lo dijo Morris Janowitz: “la creación del *American Journal of Sociology* hizo que la comunicación fuera posible, entre los adeptos aislados de la nueva disciplina”.<sup>12</sup>

Un producto derivado del *American Journal of Sociology* y otras revistas especializadas que comenzaron a publicarse en varias de las principales ciudades del mundo (París, para citar el caso de Émile Durkheim y sus *Annales sociologiques*) es que empezaron a desarrollarse, para las ciencias sociales, lo que en inglés se llamaban –y se llaman– “papers” o ensayos especializados que permitían a los estudiosos de casos concretos y delimitados, producir adelantos de sus investigaciones de manera sintética (es decir, en unas cuantas páginas), en vez de producir libros enteros y esperar su publicación durante largos meses o años.<sup>13</sup>

Quizá la ventaja adicional que tenía el cuarteto de Chicago sobre el resto de los incipientes departamentos de sociología en otras instituciones de educación superior, es que la ciudad era “un vasto laboratorio sociológico”,<sup>14</sup> con el cual era difícil de competir.

Pero la ventaja relativa de los sociólogos de Chicago no duraría para siempre: a finales de 1905 un grupo de sociólogos estadounidenses, congregado en Baltimore durante las reuniones de las asociaciones de historiadores, economistas y politólogos decidió constituir la American Sociological Society (Sociedad Americana de Sociología). El anuncio editorial de la creación de la ASS, que apareció en el número de marzo de 1907 del *American Journal of Sociology*, declaró entre otras cosas:

El establecimiento de la American Sociological Society marca una etapa notable en la investigación positiva de las condiciones humanas. No muchos representantes de formas más antiguas de ciencia social están dispuestos a admitir que existe una función para la sociología. Un núcleo suficiente de

---

directamente con él durante sus viajes posteriores [a 1881] a Europa”, véase la introducción de Donald N. Levine (editor y compilador), *Georg Simmel: sobre la individualidad y las formas sociales* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, 2002), 11-70, en esp. 53-54.

<sup>11</sup> Para un listado cronológico de buena parte de los artículos aparecidos durante los primeros años de vida del *Journal*, véase Albion W. Small, “Evolution of Sociological Consciousness in the United States”, *American Journal of Sociology* 27 (1921): 226-231.

<sup>12</sup> Morris Janowitz (comp.), Introducción a *Selected Papers: W. I. Thomas on Social Organization and Social Personality* (Chicago: The University of Chicago Press, 1969), xix.

<sup>13</sup> No todos los científicos sociales pudieron acoplarse de inmediato a la nueva modalidad. Entre quienes más dificultades tuvieron (además del propio Small) se encuentra Georg Simmel, quien continuó con su estilo de escribir largos ensayos que, como ya lo subrayé, aparecían publicados en el *Journal* de Small en varios números consecutivos.

<sup>14</sup> Albion W. Small, “Scholarship and Social Agitation”, *American Journal of Sociology* 1 (1896): 564-582, en esp. 581.

académicos ha sido diferenciado de las ciencias sociales tradicionales, sin embargo, para darle a la sociología el prestigio de un grupo visible de seguidores. Junto con el Institut International de Sociologie [Instituto Internacional de Sociología], y la Sociological Society of London [Sociedad Sociológica de Londres], la American Sociological Society atestigua que unos cuantos hombres y mujeres, en posesión total de sus sentidos, están convencidos que algo falta en cuanto a métodos para interpretar la experiencia humana, y qué medio más efectivo de satisfacer la carencia debe ser buscado fuera, en vez de dentro de las ciencias de la sociedad más antiguas.<sup>15</sup>

Los miembros de la recién formada asociación no buscaban “destruir la vocación de otros investigadores de la sociedad”, sino que se sentían llamados a estudiar “los problemas de la asociación humana que hasta ahora han recibido menos atención de la que les corresponde”.<sup>16</sup> Pero sí les constaba a estos autoproclamados sociólogos que el resto de las ciencias sociales eran “acientíficas” en la medida en que se mantenían separadas entre sí y constituían “sistemas cerrados de abstracciones”. Los nuevos sociólogos demandaban que existiera una “correlación de las ciencias sociales para [que] el conocimiento real de la vida social, tal como es”, pudiera “crecer”.<sup>17</sup> Con una revista científica que permitía a los sociólogos circular fragmentos de sus investigaciones de una manera expedita; con una asociación que contaba con una membresía numerosa conformada por hombres y mujeres que se identificaban con aquello que llamaban sociología, y con el nacimiento y fortalecimiento de departamentos de sociología en varias universidades estadounidenses, paulatinamente empezó a conformarse una masa crítica que reclamaba su propia metodología y su propia manera de ver e interpretar el papel del hombre –entendido en la más amplia de sus acepciones– dentro de la sociedad y las relaciones de reciprocidad que mantenía con esta última. Restaba entonces –y nos resta ahora– ver cómo era que esos primeros sociólogos concebían la naturaleza de esa relación.

### III

Para iniciar resultaba obvio que más que *formación* el grupo incipiente de sociólogos estadounidenses se integraba por gente que giraba en torno a un núcleo de estudiosos reunido por *convicción*. Que estos estudiosos reclamaban para sí un espacio particular ya lo he mencionado, falta añadir que las ideas, experiencias y observaciones que circulaban –ya fuera en las páginas del *American Journal of Sociology* o en los pasillos de los edificios en donde se organizaban las convenciones nacionales anuales de los

---

<sup>15</sup> Texto citado en Albion W. Small, “Fifty Years of Sociology in the United States”, 784.

<sup>16</sup> Albion W. Small, “Fifty Years of Sociology in the United States”, 785.

<sup>17</sup> *Ibid.*

sociólogos– provenían de las mentes de unos cuantos privilegiados que, en sus vidas anteriores, habían sido todo menos sociólogos: entre los miembros de la nueva asociación se encontraban filósofos, psicólogos, economistas, politólogos y uno que otro psicólogo social cuya experiencia los acercaba más a las prácticas novedosas de los recién autodenominados sociólogos.

Porque me interesa ver cómo las nociones de ese puñado de hombres empezaron a entrelazarse y a generar ideas y observaciones tanto empíricas como teóricas, y cómo estas ideas y observaciones circulaban de las maneras que ya he relatado, es que voy a referirme a estos hombres que, aunque no necesariamente pisaron las aulas (o los pasillos) del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, sí mantuvieron los ojos y oídos abiertos para no perder detalle alguno sobre cómo sus ideas eran aceptadas y a la vez se fusionaban con otras. En las páginas que siguen trataré de rastrear la genealogía de dos conceptos básicos que crecieron y se desarrollaron con relativa rapidez cambiando ligeramente de sentido según avanzaba el siglo XX. Hablo de la “definición de la situación” acuñada por W. I. Thomas, y del concepto de *self*,<sup>18</sup> tal como lo definieron pensadores tempranos como Charles H. Cooley y George Herbert Mead.

### ***Thomas: sociólogo de las márgenes***

Morris Janowitz concuerda con lo que he dicho páginas arriba sobre la importancia de la Universidad de Chicago en el desarrollo de la sociología, o de lo que él llama la “Chicago School”. Sin embargo añade un punto importante: aun y cuando la Universidad de Chicago dominó durante décadas “el desarrollo de la disciplina por la eminencia del cuerpo docente y la prominencia de sus egresados”, el estilo de los profesores, lejos de ser “unificado o distintivo”, era “sumamente diverso”.<sup>19</sup> Dado que el Departamento de Sociología, al igual que la Universidad, “representaba una construcción premeditada, más que una evolución gradual”, no debía sorprender que consistiera de “una amalgama de todo lo que parecía intelectualmente relevante y creativo”.<sup>20</sup>

Para los energéticos académicos de Chicago, apunta Janowitz, era evidente que el conocimiento sociológico debía resolver problemas sociales y remata: “en la medida de que existía una escuela de Chicago, su característica identificadora era un enfoque empírico al estudio de la

---

<sup>18</sup> Mientras que otros sociólogos han preferido volver equivalente el término de “*self*” al de “persona”, he optado por mantener el vocablo *self* (en cursivas) porque pienso que se presta a menos problemas de confusión. Véase por ejemplo la traducción de Erving Goffman, *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (Buenos Aires y Madrid: Amorrortu Editores, 2004).

<sup>19</sup> Morris Janowitz (comp.), Introducción a *Selected Papers*, vii.

<sup>20</sup> *Ibid.*



totalidad de la sociedad”.<sup>21</sup> Ahí tenía perfecta cabida William Isaac Thomas: “su preocupación con la dimensión subjetiva de la organización social, sus intereses en el análisis comparativo y su explotación del documento personal”, fueron sus contribuciones a la diversidad dentro del Departamento de Sociología.<sup>22</sup>

Thomas llegó a convertirse en un sociólogo profesional en el sentido moderno de la acepción: obtenía subvenciones de fundaciones, reunía grandes masas de datos, impartía conferencias y era popular entre sus estudiantes. Pero su estilo de *bon vivant* le atrajo no sólo envidias sino enemigos.<sup>23</sup> Con el tiempo toda una leyenda ha crecido en torno a su persona, y dicha leyenda, al transmitirse de estudiante en estudiante, de generación en generación, ha arrasado con cualquier indicio creíble que ayude a entender al hombre como tal. Esto dificulta reconstruir su biografía pues como el propio Janowitz lo señala, tras expulsar a Thomas de la institución –por razones que señalaré enseguida– la Universidad de Chicago se esforzó por obliterar toda huella de su paso por sus aulas y pasillos.

Thomas, quien nació en Russell County, “una región aislada de la vieja Virginia, a 20 millas de la vía del ferrocarril, en un ambiente social parecido al del siglo XVIII”,<sup>24</sup> el jueves 13 de agosto de 1863. Thomas tenía antecedentes protestantes. Su niñez “fue del tipo estrictamente manual”, que se inclinó hasta el fanatismo, por el tiro al blanco con el rifle, “que era el deporte de los montañeses”. Tras pasar varios años de su juventud entre Virginia y Tennessee, estudió en la Universidad de Tennessee, donde no tardó en convertirse en “el gran hombre en el campus” universitario.<sup>25</sup> Allí estudió varios idiomas, gracias a la influencia de su profesor Eben Alexander, y se interesó por la zoología, la geología y las demás ciencias naturales por un profesor Nicholson, que había sido discípulo de Darwin.

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, viii.

<sup>22</sup> *Ibid.*

<sup>23</sup> Su biógrafo señala que Thomas “vestía con distinción y cuidado, se mezclaba en todos los rincones sociales de la ciudad, y gozaba de la vida de un *bon vivant* en la metrópolis. Él experimentó las realidades de la vida de Chicago tanto como observador como participante. Un deportista activo, incluso encontró tiempo para perfeccionar una pelota de golf más efectiva”. Véase Morris Janowitz (comp.), Introducción a *Selected Papers*, xiii-xiv.

<sup>24</sup> Paul J. Baker, “The Life Histories of W. I. Thomas and Robert E. Park”, *American Journal of Sociology* 79 (1973): 243-260, en esp. 246. La sección dedicada exclusivamente a Thomas e intitulada “Life History”, va de la página 246 a la 250 y es una versión autobiográfica de Thomas en respuesta a un cuestionario que recibió del sociólogo Luther Bernard, en 1927.

<sup>25</sup> Partes de lo que transcribo en esta sección provienen de lo que mencionó Morris Janowitz en su introducción y las “memorias” de Thomas. Sólo los cito textualmente en lugares en que me parece importante subrayar las palabras textuales de cualquiera de los dos autores.

Thomas prosiguió sus estudios de postgrado en la misma institución hasta ser el primero en recibir un doctorado en literatura inglesa, en 1886. Entre 1888 y 1889 visitó durante un año dos universidades alemanas (Göttingen y Berlín), entonces en el ápice de su desarrollo. A su regreso comenzó a enseñar literatura inglesa en Oberlin College pero sus intereses en la sociología de Spencer lo llevaron a reevaluar su situación académica. En el año académico de 1893-1894, Thomas se inscribió en la Universidad de Chicago como uno de los primeros estudiantes de sociología, en el recién establecido departamento. Esto lo recuerda en sus memorias:

con el establecimiento de la Universidad de Chicago, el anuncio de cursos atractivos en sociología, e impulsado ciertamente por el deseo de una nueva experiencia, fui a Chicago a tomar una nueva profesión. La característica distintiva de mi elección de trabajo en Chicago fue que opté por lo que pueden llamarse cursos “marginales” a la sociología –biología, fisiología (con [el profesor] Loeb), anatomía cerebral (con Adolf Meyer [...]), sin idea alguna de formación de hábito y atención preponderante a la estructura cerebral.<sup>26</sup>

Small y Henderson fueron sus profesores. Al año de estudiar sociología Thomas impartió su primer curso y al siguiente fue nombrado profesor asistente. “Al recordar mi vida en ese tiempo”, rememoró Thomas, “puedo pensar de lo que considero como cuatro méritos”:

(1) Nunca caí bajo la influencia de filosofía alguna que ofrecía una explicación de la realidad. (2) Mantuve notas de las lecturas y clasifiqué y reclasifiqué los materiales de manera tal que a la larga tuve a la mano, con referencias exactas, todo lo que me interesaba en la literatura. (3) Leí ampliamente sobre temas marginales –biología, psicología, etnología– y adquirí el hábito de la lectura rápida. Reconozco que esto era más por curiosidad que por un método deliberado. (4) Exploré la ciudad. Esto fue en gran medida también por curiosidad. Recuerdo que el profesor Henderson, de santa memoria, me solicitó que le consiguiera un poco de información sobre las tabernas [de Chicago]. Me dijo que él nunca había entrado a una taberna o probado cerveza alguna.<sup>27</sup>

A Thomas se debió, dados “su estilo personal, sus intereses y sus gustos”, a que en Chicago se enfatizara la “observación directa y la participación en la investigación social”.<sup>28</sup> La carrera de Thomas iba en ascenso cuando, repentinamente, fue despedido de la Universidad de Chicago:

La conexión de W. I. Thomas con la Universidad de Chicago terminó abruptamente en 1918, poco después de que él fuera arrestado por el Federal Bureau of Investigation con un cargo que involucraba la supuesta violación del

---

<sup>26</sup> Paul J. Baker, “The Life Histories of W. I. Thomas and Robert E. Park”, 248.

<sup>27</sup> *Ibid.*

<sup>28</sup> Morris Janowitz (comp.), Introducción a *Selected Papers*, xiii.

Mann Act<sup>29</sup> y en una ley aprobada por el Congreso que prohibía el registro falso en los hoteles. Estos cargos fueron desechados fuera de la corte, pero hubo una gran publicidad porque la señora Grancer, quien estuvo involucrada en el juicio, reportó que era la esposa de un oficial del ejército de las Fuerzas Expedicionarias de Estados Unidos en Francia. Las circunstancias que rodean la intervención de agentes federales en este caso permanecen oscuras. La esposa de Thomas era activista en el movimiento de paz de Henry Ford y sus actividades aparentemente habían caído bajo vigilancia oficial. Se ha afirmado que la acción contra Thomas proveyó formas para avergonzar y desacreditar a la señora Thomas por sus actividades políticas.<sup>30</sup>

Albion W. Small trató de salvar a Thomas (quien entonces contaba con 55 años) pero nada pudo contra el presidente de la universidad, Henry Pratt Judson, quien contaba con el apoyo de la junta de gobierno de la institución.<sup>31</sup> Tras su despido, Thomas jamás volvió a tener un puesto universitario permanente, aunque enseñó en varias universidades y siguió contando con sustanciosos apoyos financieros de fundaciones. Los temas de investigación que más le interesaban y se relacionaban en buena medida con la ciudad de Chicago fueron sus estudios en “psicología de la raza”, la inmigración polaca a Chicago –que se convertiría en una investigación pública en varios tomos sobre los inmigrantes polacos- la prostitución, la así llamada “criminalidad polaca”, y la “americanización” de inmigrantes extranjeros.

Thomas conocía el polaco escrito y pudo aprovechar esta ventaja para utilizar la prensa polaca en donde aparecían cartas de jóvenes inmigrantes que relataban sus historias personales en Chicago. En una de ellas, por ejemplo, una chica polaca contaba cómo se había lanzado al robo de frutas en un mercado porque temía morir de hambre y cómo cuando un hombre se le acercó para solicitarle favores sexuales a cambio de dinero, de inmediato aceptó la oferta. Su libro *The Unadjusted Girl* rescata muchas de esas historias. Fue allí donde desarrolló su “definición de la situación”, que posteriormente Robert K. Merton daría a conocer como el “Teorema de

---

<sup>29</sup> Alrededor de 1910, grupos cívicos y religiosos en Estados Unidos iniciaron una campaña nacional para detener la inmoralidad de la prostitución y su relación con enfermedades transmitidas sexualmente. En el ámbito federal, el Congreso aprobó la *White Slave Traffic Act* (la Ley de tráfico de esclavos blancos, conocida también como el Mann Act de 1910) que prohibía el transporte interestatal de niñas y mujeres con propósitos inmorales. En el ámbito local, se aprobaron muchas leyes contra la prostitución. Véase *Encarta* (versión inglesa de 2002), s.v. Mann Act.

<sup>30</sup> Morris Janowitz (comp.), Introducción a *Selected Papers*, xiv.

<sup>31</sup> Parte de la leyenda en torno a la persona de Thomas y que contaba el sociólogo argentino Juan Blejer a sus estudiantes durante los años setenta en la Universidad de las Américas, en Puebla, era que, lejos de haber sido encontrado en un hotel con la mujer de un militar del ejército, Thomas había abierto un prostíbulo del que derivaba considerables ganancias. Cuando se le pidió que explicara el porqué de sus portentosas actividades, Thomas simplemente respondió que el establecimiento le permitía estudiar más de cerca la prostitución, uno de los temas que le atraían desde siempre, en el área de la investigación. No necesito añadir -¿o sí?- que yo me encontraba entre los estudiantes del Dr. Blejer.

Thomas” mismo que, parafraseándolo, diría: “si una persona define una situación como real, ésta es real en sus consecuencias”.<sup>32</sup>

Pero en realidad Thomas no consideraba esa su mayor aportación al conocimiento “marginal” aunque de todas maneras sociológico. Para Thomas su contribución fundamental fue utilizar en sociología el “documento personal”, acercando así esta rama del conocimiento con la historia. Otro tanto hizo cuando usó la “historia de vida” en sus investigaciones. Cito a Thomas:

Fue, me parece, en conexión con *The Polish Peasant* que quedé identificado con la “historia de vida” y el método de documentación. Aquí de nuevo puedo estar simplificándolo excesivamente todo, pero yo rastreo el origen de mi interés en el documento a una larga carta recogida en un día lluvioso en el callejón detrás de mi casa; la carta de una chica que recibía entrenamiento en un hospital y que escribía a su padre respecto a las relaciones y discordias de familia. Se me ocurrió en ese momento que se podría aprender muchísimo si uno tuviera muchas cartas de este tipo.<sup>33</sup>

Los “documentos humanos” –“aquellas expresiones autogeneradas que proporcionan un indicador independiente de organización individual”<sup>34</sup>– se convirtieron en la pasión de Thomas, y siguen apareciendo de tiempo en tiempo como base fundamental para el estudio de la “personalidad social”, si bien han dejado de pertenecer a la corriente principal del método de la psicología social norteamericana. Se conserva, eso sí, la crítica de Thomas al uso de las entrevistas, pues para él no había entrevistas “neutrales” sino que representaban un proceso social en sí.<sup>35</sup>

---

<sup>32</sup> Véase Robert K. Merton, “The Self-Fulfilling Prophecy”, en ídem, *Social Theory and Social Structure* (Nueva York: The Free Press, 1968), 475-490, en esp. 475. Merton explica: “La primera parte del teorema provee un recordatorio continuo de que los hombres responden no sólo a características objetivas de la situación sino que también, y a veces principalmente, al significado que esta situación tiene para ellos. Y una vez que ellos le han asignado cierto significado a la situación, su conducta consecuente y algunas de las consecuencias de esa conducta están determinadas por el significado imputado”. *Ibid.*, 475-476. Dicho de otra manera, si yo como individuo creo que alguien me persigue, actuaré conforme a esta definición de mi situación (me encerraré en mi casa, no contestaré el teléfono, miraré constantemente a mis espaldas cuando salga a la calle), sea cierto o no que alguien me persigue. Las implicaciones teóricas y metodológicas del teorema de Thomas son prácticamente infinitas, como bien lo subraya y demuestra Merton, y ayudan a entender casos que, de otra manera, quedarían irresueltos.

<sup>33</sup> Paul J. Baker, “The Life Histories of W. I. Thomas and Robert E. Park”, 250. De nueva cuenta la sabiduría popular en torno a Thomas relata una anécdota ligeramente distinta (ratificada por el estudiante de postgrado de Thomas, Ernest Burgess): Una mañana, cuando atravesaba un callejón en la comunidad polaca de la parte oeste de Chicago, Thomas tuvo que desplazarse repentinamente a un lado para evitar que una bolsa de desperdicios que alguien arrojó por la ventana le pegara en la cabeza. “En la basura que cayó a sus pies se encontraban varios paquetes de cartas. Dado que leía polaco, sus contenidos le llamaron la atención y empezó a leer un fardo de ellas arreglado en serie. En la secuencia que presentaban las cartas [Thomas] encontró un relato fértil y gratificante y con el tiempo esto lo llevó a dedicarse al documento personal como herramienta de investigación”. Morris Janowitz (comp.), Introducción a *Selected Papers*, xxiv.

<sup>34</sup> Morris Janowitz (comp.), Introducción a *Selected Papers*, I.

<sup>35</sup> *Ibid.*

Antes de cerrar esta sección quiero llamar la atención a los fragmentos de dos de los artículos de Thomas que, por poco citados –tal vez por seguir más el método europeo (puesto de moda por Mauss y Durkheim) de basarse para sus conjeturas en los estudios de etnógrafos y antropólogos de sociedades aborígenes en países alejados del África o Brasil; por comparar el desarrollo biológico del hombre con el del reino animal; por hablar de “altas” y “bajas” culturas o, quizá también, por coincidir con otros de su generación que las condiciones existentes entre tribus “no avanzadas” de su tiempo eran análogas a las de las viejas (y desaparecidas) tribus primitivas– han sido olvidados por los estudiosos de la sociología norteamericana.

El primero de dichos artículos –relacionado con el segundo en cuanto a su concepto de moda– se pregunta si, en los orígenes, los hombres se arropaban para esconder su desnudez porque se sentían avergonzados o, caso contrario, que usaban la ropa “como forma de atracción” y la modestia acompañaba más “al acto de quitarse la ropa”.<sup>36</sup> Para Thomas, o al menos eso pretendió mostrar, la génesis de la modestia, lejos de surgir para inhibir la inmodestia de otros, debía encontrarse en la actividad en medio de la cual la modestia misma aparecía. Y que por tanto la modestia tenía poco que ver con la ropa. Al leer con detenimiento los hallazgos de etnógrafos tales como A. C. Haddon en el Estrecho de Torres, entre Australia y Nueva Guinea, quien descubrió que entre las tribus aborígenes occidentales del Estrecho, los hombres andaban anteriormente desnudos y las mujeres no usaban nada más allá de unas enaguas de hoja. Pero que, con la llegada de los misioneros, las cosas cambiaron: durante su estancia, rara vez Haddon vio un hombre desnudo y, las veces que las mujeres lo atraparon observando sus senos (y para su frustración), le dieron la espalda.

Con grandes dificultades pudo Haddon descubrir cómo eran las relaciones sexuales entre los aborígenes *antes* de la llegada de los misioneros y los hombres se mostraron reacios a hablar sobre las partes sexuales de las mujeres. “Todo esto”, concluyó Haddon, “no se debe realmente a un sentimiento de decencia *per se*, sino más bien a un deseo, por parte de ellos, de no aparecer primitivos ante los extranjeros; en otras palabras, el titubeo [en torno a hablar sobre cuestiones sexuales] es entre ellos y el hombre blanco, no entre ellos mismos”.<sup>37</sup> Un recato similar de aborígenes frente al hombre blanco encontró Thomas en otra de sus

---

<sup>36</sup> William I. Thomas, “The Psychology of Modesty and Clothing”, *American Journal of Sociology* 5 (1899): 246-262, en esp. 246.

<sup>37</sup> A. C. Haddon, “The Ethnography of the Western Tribe of Torres Straits”, citado en William I. Thomas, “The Psychology of Modesty and Clothing”, 252, en pie de página.

lecturas, esta vez del antropólogo James Bonwick, autor of *Daily Life and Origin of the Tasmanians*: “En repetidas ocasiones me ha divertido observar a los autóctonos australianos preparar su aproximación a las viviendas de la civilización ciñéndose sus cobijas más decentemente y poniéndose sus andrajosos pantalones o enaguas”.<sup>38</sup>

Cierto, éste es un ejemplo más de lo que observó Haddon para los aborígenes occidentales del Estrecho de Torres. Pero... ¿no es también algo muy similar a la conducta que supuestamente observó Erving Goffman entre los moradores de la isla de Unst, de la Gran Bretaña, lugar que Goffman seleccionó para realizar su trabajo de campo y que cambiaban de actitud en el instante mismo en que cruzaban el umbral de la casa de las personas a quienes iban a visitar? Lo señalo porque, al igual que nosotros, Goffman, estudiante de Chicago, debió leer con detenimiento este pie de página.

Esta observación era novedosa a finales del siglo XIX, es cierto, pero no fue la única que Goffman encontró. Jean Paul Sartre fue otro autor que hizo un señalamiento parecido: los meseros en un restaurante se comportaban de manera distinta de acuerdo al lugar en que se encontraban: de forma relajada en la cocina, donde podían quitarse los zapatos o hurgar en sus narices, o de manera estudiada, con todos los ademanes apropiados a un mesero que sabe comportarse ante sus comensales. Sartre tildó esta conducta de *mauvaise foi* o mala fe, mientras que a Goffman sirvió otros propósitos: el constatar que los individuos se conducen según el lugar en el que se encuentren, y de acuerdo a las personas que tengan enfrente.

Me permito hacer una observación similar –en cuanto a la influencia que pudo tener Thomas sobre Goffman– en otro de los estudios que realizó Thomas sobre la psicología del prejuicio de raza. “Al buscar una explicación de la antipatía que una raza siente hacia otra”, escribió Thomas, “antes que nada podemos preguntarnos si existen condiciones que surgen en el curso del desarrollo biológico de una especie que, más allá de las actividades sociales, llevan a una predilección para aquellos que pertenecen al tipo de uno, y a un prejuicio en contra de grupos orgánicamente diferentes”.<sup>39</sup> Prejuicio o predilección, odio o amor, pueden provenir de actitudes mentales fijas que corresponden a situaciones externas recurrentes que a su vez “responden a situaciones que reviven sentimientos de dolor por una parte, y de placer por la otra”.<sup>40</sup> Y para Thomas era tan fuerte el

---

<sup>38</sup> James Bonwick, *Daily Life and Origin of the Tasmanians*, 41. Citado en William I. Thomas, “The Psychology of Modesty and Clothing”, 252, en pie de página.

<sup>39</sup> William I. Thomas, “The Psychology of Race-Prejudice”, *The American Journal of Sociology* 9 (1904): 593-611, en esp. 593.

<sup>40</sup> *Ibid.*, 594.

sentimiento de sugestión que “no sólo un objeto o situación puede producir cierto estado de sentimiento, sino una voz, un olor, un color, o cualquier señal característica de un objeto puede producir el efecto que el objeto mismo”.<sup>41</sup>

Uno de los casos que Thomas examina respecto al origen favorable hacia otros de nuestra especie se relaciona con el cortejo y dentro de éste, con la moda (un tema, por cierto, que ese mismo año trató Simmel y que apareció publicado en el *American Journal of Sociology* muchos años después).<sup>42</sup>

El interés en los rasgos característicos del sexo opuesto siempre ha dominado a la moda y al ornamento en gran medida en la sociedad humana, y esto es particularmente cierto en tiempos históricos relacionados con mujeres, quienes son tanto los objetos de la atención sexual y las exponentes de la moda. La dama blanca utiliza polvo de arroz y colorete para enfatizar su complexión blanca y rosada, y la dama africana usa carbón y grasa para realzar el lustre de su piel tan negra como el ébano.<sup>43</sup>

De esta manera, nos dice Thomas, por medio de diversos artefactos “se resaltan los rasgos más característicos de la mujer: el busto y la pelvis”.<sup>44</sup> Con esto Thomas se refiere a artilugios tales como cordones para cerrar o ajustar el corpiño, el relleno que se utiliza en diversas partes del vestido, las mangas hinchadas, los corsés, los refajos, las crinolinas, y otros artefactos más por el estilo. En este caso podemos encontrar lo que Thomas llama “señales características de la personalidad”, mismos a los que adscribimos cierto valor emocional. ¿No se parecen estas “señales características de personalidad” a lo que Goffman llamó “símbolos de status de clase”? Y, dado que como Thomas asevera no sólo un objeto puede producir cierta reacción, sino también una voz, un olor, un color, o cualquier “señal característica de un objeto” puede producir el mismo efecto que el objeto mismo, ¿que se trate aquí de nuevo de un equivalente a los símbolos de status de clase goffmanianos? Yo digo que sí y con esto no quiero restarle valor alguno a las contribuciones de Goffman a la sociología norteamericana, sino traer a colación una verdad de Perogrullo: debemos volver a los clásicos, si lo que queremos es contribuir al avance del conocimiento sociológico.

Antes de regresar a Thomas, recuerdo lo que escuché de un profesor en la Johns Hopkins University, en Washington, D.C., cuando fui becario

---

<sup>41</sup> *Ibid.*

<sup>42</sup> Véase Georg Simmel, “Fashion”, *American Journal of Sociology* 62, 6 (1957): 541-558.

<sup>43</sup> William I. Thomas, “The Psychology of Race-Prejudice”, 597.

<sup>44</sup> *Ibid.*

de la Fulbright Commission: que el senador de Arkansas que ideó el sistema de becas que yo aprovechaba, había estudiado en Oxford y cuando conferenciaba ante el Congreso estadounidense, lo hacía remarcando su acento de Oxford, mientras que cuando se dirigía al estado de Arkansas, para hablar con sus votantes, iba paulatinamente cambiando de acento en el trayecto, hasta hablar el más puro arkansiano al momento de llegar al estado que representaba.<sup>45</sup> ¿Quién puede negar que hablar ante el Congreso con un acento oxfordiano como lo hacía el senador J. William Fulbright no constituye utilizar para su provecho un símbolo de status?

Al igual que el relleno y tantos otros “artefactos”, hay ciertos tipos de marcas corporales (tatuajes, mutilaciones, escarificaciones, marcas totémicas), que representan comunidades de interés y, ¿por qué no? un símbolo de status.

Las modificaciones y deformaciones de rasgos físicos practicadas por las clases naturales se encuentran en el mismo principio mental que las deformaciones de la moda entre las [clases] civilizadas [...]. Ya he señalado que la conformación natural de la figura femenina es atractiva porque la feminidad lo es, y la moda resalta los puntos característicos de la figura.<sup>46</sup>

Aunque no podemos hablar hoy en día de tribus o de “clases naturales”, sí reconocemos fácilmente a ciertos grupos –los maras salvatruchas, para citar un ejemplo– que se identifican entre sí y ante los demás con cierto tipo de aretes, tatuajes, peinados o, incluso, maneras de hablar. Pero las observaciones de Thomas no se detienen allí. Los cuerpos mismos, pueden ser susceptibles a modificaciones.

Es probable también que la raza haya sido criada hacia un tipo en el cual los rasgos sexuales secundarios son prominentes por la preferencia de hombres por mujeres que poseen de manera extraordinaria estos “puntos de belleza”. De la misma manera que con el ganado, se mejora al seleccionar para la reproducción aquellas marcas de la variedad que ya se han convertido tan prominentes y características como para interesar al criador. Siguiendo la misma ley de atención

---

<sup>45</sup> Guardando evidentemente las proporciones, hace unos años, en Hermosillo, me regodeé escuchar a una ex colega andaluza quien, en el transcurso del trato normal hablaba casi como sonoreense. Las contadas ocasiones que llegó a presentarse en público, sin embargo (y consciente de lo que esto significaba, en términos de status) hablaba recalcando su acento sevillano: con tan mala suerte para ella que, carente de una buena ortografía, cambiaba las eses por las ces y las zetas. Era entonces cuando sus intentos por impresionar a la buena sociedad hermosillense, se derrumbaban.

<sup>46</sup> William I. Thomas, “The Psychology of Race-Prejudice”, 605. La postura de Thomas frente a la moda contradice la de Simmel que, ese año de 1904, publicó su ensayo sobre el mismo tema en el *International Quarterly*. “La moda”, afirma Simmel en el resumen de su artículo, reimpresso en el *American Journal of Sociology* años más tarde, “no existe en sociedades tribales o sin clase. [La moda] caracteriza a la mujer y a la clase media, cuya libertad social incrementada es correspondida por una subyugación individual intensa”. Véase Georg Simmel, “Fashion”, *American Journal of Sociology* 62 (1957): 541-558, en esp. 541.



e interés, diferentes razas humanas buscan volver más prominentes las marcas raciales características.<sup>47</sup>

En los sitios en donde las mujeres eran “naturalmente” esbeltas, el tipo “ciprés-delgado” era el preferido; en los lugares en donde las mujeres admiradas eran corpulentas, “la corpulencia es el *beau idéal*”. Las mujeres hottentot y las somalíes, se caracterizaban entonces por una gran acumulación de grasa en las nalgas –fenómeno conocido en inglés como *steatopygia*– y esto resultaba de lo más atractivo para los hombres: “Las mujeres hottentot en las que la gran acumulación de grasa en las nalgas [*steatopygia*] es pronunciada, son de lo más admirado, e incluso ellas refuerzan los vergonzosos cabezales de grasa posteriores utilizando un almohadón en la misma zona, de manera semejante a la práctica de las mujeres blancas, que usan polisón”.<sup>48</sup>

Según Thomas, el antropólogo Burton reportaba que los somalíes escogían a sus mujeres “colocándolas en línea, y seleccionando a la que se proyectara más lejos ‘*a tergo*’”, es decir, por detrás: “Nada puede ser más odioso para un negro que la forma opuesta”.<sup>49</sup> Por racistas, sexistas y en general desagradables que nos parezcan estas prácticas, lo cierto es que ocurrían y que la *esteatopygia* tenía su lugar y momento, lo que equivale a decir que una mujer con esas características en una sociedad como la hermosillense en el siglo XXI, estaría lejos de llamar la atención por su belleza. Esto implicaría que lo que Goffman llamó símbolos de status tienen su lugar y momentos específicos, fuera de los cuales pueden llegar a provocar su opuesto: prejuicio en vez de predilección; repugnancia en vez de atracción; odio en vez de amor.

### ***Cooley: una mirada ante el espejo***

Nacido en Ann Arbor, Michigan, en 1864, Charles H. Cooley fue de los primeros pensadores en teorizar en torno al aspecto social del *self* basándose en observaciones de sus hijos pequeños.<sup>50</sup> Para Cooley había tres

---

<sup>47</sup> William I. Thomas, “The Psychology of Race-Prejudice”, 605. Aunque puede resultar chocante leer estas palabras por parte de Thomas, podemos pensar en un equivalente funcional contemporáneo, a saber, la cirugía plástica, que se utiliza para acentuar en las personas ciertos rasgos (una nariz respingada, por ejemplo), y desaparecer otros (“patas de gallo” alrededor de los ojos). Y tal como me lo recuerda el sociólogo Felipe Mora Arellano, en algunas tribus aborígenes africanas se practicaba (y se practica) cierto tipo de cirugía, al insertar en sus labios discos de diversas dimensiones, al realizar cortes en las orejas o trepanaciones.

<sup>48</sup> William I. Thomas, “The Psychology of Race-Prejudice”, 607.

<sup>49</sup> En este caso Darwin cita a Burton, y Thomas a Darwin. Véase William I. Thomas, “The Psychology of Race-Prejudice”, 607.

<sup>50</sup> Charles H. Cooley, “The Social Self—the Meaning of ‘I’”, en *Charles Horton Cooley on Self and Social Organization*, compilado por Hans-Joachim Schubert, 155-175 (Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 1998), 155.

fases del desarrollo del *self*: (1) “el sentido de apropiación”, (2) el “*self* social”, y (3) el “*looking-glass self*” o “*self*-espejo”. El sentido de apropiación, para él, era “la expresión de una espontaneidad y actividad manifestadas biológicamente”; el del *self* social incorporaba la actitud de otros, y el del *self*-espejo no buscaba describir “ni un ‘*self* sobresocializado’ ni un ‘*self* libre de estorbos’”, y más bien representaba “una imagen del *self* abierta pero distinta, formada a través de la interacción y la comunicación con otros”.<sup>51</sup> Para Cooley el desarrollo del *self* resultaba de “un proceso de interacción” entre el *self* y el mundo circundante”.<sup>52</sup>

El *self*, para Cooley, no era una entidad a priori: sólo se forjaba “a través del contacto con otros”.<sup>53</sup> Para Cooley era clave ver al *self* ante la sociedad: cómo ésta lo afectaba y cómo éste a su vez respondía ante ella. Cooley reconocía que el *self* se constituía “a través de la interacción con su entorno y que la mente se establecía dentro de ese proceso de interacción”. Para él lo que resultaba constitutivo del *self* era “un proceso de interacción entre la gente”, del que podía “desarrollarse lo que conocemos como cuerpo y mente”. Como lo dice sucintamente su biógrafo, Cooley consideraba que “el *self* y la sociedad [eran] meramente dos lados de la misma moneda”.<sup>54</sup> Pero, ¿cómo veían los psicólogos anteriores a Cooley el *self*? Reproduzco las palabras de William James, que Cooley cita:

En su sentido más amplio posible, [...] el *self* de un individuo es la suma total de todo lo que el *puede* llamar suyo, no solamente su cuerpo y sus poderes psíquicos, sino sus ropas y su casa, su mujer y sus hijos, sus ancestros y amigos, su reputación y trabajos, sus tierras y caballos y su yate y su cuenta bancaria. Todas estas cosas le otorgan las mismas emociones.<sup>55</sup>

Las emociones, desde la perspectiva de James, que Cooley acepta como valedera, traen al *self* del trasfondo y lo colocan en el centro de atención. Más adelante James estrecha así su definición: “Las palabras *mi* [‘*me*’, en inglés], entonces, y *self*, en cuanto a que despiertan sentimientos y connotan un valor emocional, son designaciones *objetivas* que significan *todas las cosas* que tienen el poder de producir un torrente de emoción en la conciencia, de cierto tipo peculiar”.<sup>56</sup>

---

<sup>51</sup> Véase la introducción de Hans-Joachim Schubert (comp.), *Charles Horton Cooley*, 2 y 22.

<sup>52</sup> *Ibid.*, 23.

<sup>53</sup> *Ibid.*, 12.

<sup>54</sup> *Ibid.*

<sup>55</sup> Palabras citadas en Charles H. Cooley, “The Social Self—the Meaning of ‘I’”, 156, en pie de página. La palabra “puede” aparece en cursivas en el original.

<sup>56</sup> Palabras citadas en Charles H. Cooley, “The Social Self—the Meaning of ‘I’”, 156, en pie de página. Las palabras en cursivas aparecen así en el original.

Según Cooley, la emoción o sentimiento del *self* que podía ser interpretado como “instintivo”, evolucionó con su función de “estimular y unificar las actividades especiales del individuo”, y el “yo” (“I”, en inglés) significaba autosentimiento mas no “su cuerpo, ropas, tesoros, ambiciones, honores y demás, con lo que este sentimiento podía estar conectado”. Ya que el “yo” lo experimentamos como sentimiento, no podemos describirlo o definirlo “sin sugerir ese sentimiento”. Y respecto al *self* Cooley nos dice: “no puede haber una prueba final del *self* excepto la forma en que sentimos; [el *self*] es aquello hacia lo que tenemos la actitud ‘mi’ [‘my’, en inglés]”. Todo lo que necesitamos hacer para que el sentimiento del *self* aparezca es imaginar algún ataque sobre el “mi”, que pueden ser cosas como el que se ridiculice la vestimenta de uno o alguien trate de arrebatarle sus propiedades o su hijo: “ciertamente, [el individuo] necesita solamente pronunciar, con un énfasis fuerte una de las palabras *self* como ‘yo’ o ‘mi’ y el sentimiento del *self* será recordado por asociación”.<sup>57</sup>

Pero cuando hablamos del “yo”, en diez de cada 100 referencias no nos referimos a nuestro cuerpo, sino principalmente a “opiniones, propósitos, deseos, exigencias y demás, relacionadas con asuntos que no involucran pensamiento alguno sobre el cuerpo”.<sup>58</sup> Para Cooley el sentimiento instintivo del *self* se encontraba conectado, dentro de la evolución, con su función de estimular y unificar las actividades especiales de las personas. Para él el sentimiento del *self* “parece estar asociado principalmente con ideas del ejercicio de poder, de ser causa, de ideas que enfatizan la antítesis entre la mente y el resto del mundo”.<sup>59</sup>

A Cooley se le criticó su falta de acercamiento sistemático a sus sujetos de estudio. Las únicas observaciones sistemáticas que emprendió se relacionaron con sus propios hijos, “sentándose cerca de ellos y anotando su conducta, para documentar el crecimiento de sus concepciones del *self*”.<sup>60</sup> Y de aquí surgieron las aportaciones más importantes de Cooley para la sociología posterior, no sólo la que se desarrolló en Ann Arbor, sino en la propia Universidad de Chicago.

De las observaciones en torno a las actitudes de sus hijos, Cooley pudo deducir que los pensamientos primeros que asociaba un niño con el sentimiento de *self* probablemente eran aquellos que se relacionaban con sus esfuerzos iniciales por controlar “objetos visibles” tales como sus extremidades, su biberón y sus juguetes. Pero luego intentaba controlar a las

---

<sup>57</sup> Charles H. Cooley, “The Social Self—the Meaning of ‘I’”, 156-157.

<sup>58</sup> *Ibid.*, 158.

<sup>59</sup> *Ibid.*, 160.

<sup>60</sup> Robert Gutman, “Cooley: A Perspective”, *American Sociological Review* 23 (1958): 251-256, en esp. 255.

personas a su alrededor, de manera tal que “su círculo de poder y de sentimiento del *self* se expande sin interrupción a los objetos más complejos de la ambición madura”.<sup>61</sup> Esto mismo podía observarse en el sentimiento del “regodeo” (o “*gloating*” en inglés) de edades más avanzadas. Si un niño de más años decidía construir un barco y lo lograba, su interés crecía y se regodeaba con sus triunfos. Tanto así que estaría dispuesto a llamar a otros para que elogiaran su esfuerzo y así sentirse eufórico (o resentido y humillado si quienes vieran el barco criticaban la forma en que el niño lo había armado).

Los bebés no tardan en percibir la influencia que tienen en los demás. “Al estudiar los movimientos de otros tan de cerca como lo hacen, pronto ven la conexión entre sus actos y los cambios en esos movimientos; esto es, ellos perciben su propia influencia o poder sobre las personas”.<sup>62</sup> Cuando el bebé se apropia de las acciones de sus padres o de la enfermera, de la misma manera que lo hace con uno de sus miembros o juguetes, tratará de hacer cosas nuevas con esta nueva posición.

Una bebé de seis meses tratará de la manera más evidente y deliberada de atraer la atención hacia sí, de poner en movimiento, mediante sus acciones, algunas de las acciones de otras personas que ella se ha apropiado. Ella ha saboreado el placer de ser una causa, de ejercer poder social, y desea más de esto. Ella tirará de la falda de su madre, se retorcerá, gorjeará, estirará sus brazos, etc., en alerta de que ocurra el efecto deseado.<sup>63</sup>

La “joven actriz”, según Cooley, “pronto aprende a ser cosas diferentes ante gente distinta, mostrando que empieza a percibir la personalidad y a anticipar su operación”.<sup>64</sup> Si esto sucedía durante los primeros meses de la bebé, a los 15 meses ella ya se había convertido en una “perfecta actriz pequeña”, que “parecía vivir en gran medida de las imaginaciones de su efecto sobre otra gente. [...] Si encontraba cualquier truquito que hacía reír a la gente, ella se aseguraba de repetirlo riendo con fuerza y afectadamente en imitación. Ella tenía todo un repertorio de estas pequeñas actuaciones, que representaba ante un público receptivo, o incluso ante extraños”.<sup>65</sup> Es esta la manera en que la imaginación, al cooperar con el sentimiento del *self* instintivo, crea un “yo” social. De nueva cuenta cabe preguntarnos cuán cuidadosamente leyó Goffman a Cooley y cuánto incorporó a su trabajo sobre la presentación del *self* en la vida cotidiana. La cuna bien podría ser transmutada por el escenario, y la bebé de seis meses o

---

<sup>61</sup> Charles H. Cooley, “The Social Self—the Meaning of ‘I’”, 160.

<sup>62</sup> *Ibid.*, 171.

<sup>63</sup> *Ibid.*

<sup>64</sup> *Ibid.*, 172.

<sup>65</sup> *Ibid.*, 172-173.

la niña de pocos años podrían ser dos actrices más dentro del escenario de Goffman.

Lo que Cooley observaba en bebés e infantes era trascendente porque los mismos sentimientos aparecían en los adultos. Para Cooley, uno de cuyos pasatiempos era la carpintería –sabemos que erigió al menos tres cabañas de madera cerca de Crystal Lake, Michigan<sup>66</sup>– era “imposible” construir cualquier obra de arte o artesanía, o edificar una obra de albañilería sin que se derivara en un sentimiento de *self* que usualmente llevaba a una emoción considerable y “deseo por cierto tipo de reconocimiento”, pero que se desvanecía hasta llegar a veces a la total indiferencia, al terminar la labor. Para Cooley,

El *self* social es simplemente cualquier idea o sistema de ideas, tomado de la vida comunicativa, que la mente valora como propia. El sentimiento del *self* tiene su alcance principal *dentro* de la vida general, no fuera de ella; el intento o la tendencia de la cual es el aspecto emocional que encuentra su principal campo de ejercicio en un mundo de fuerzas personales, reflejadas en la mente por un mundo de impresiones personales.<sup>67</sup>

¿Cuándo es pues que el *self* se manifiesta de manera más conspicua? Cuando trata de apropiarse de objetos que son del deseo común. Y esto corresponde a la necesidad del individuo de poder sobre tales objetos para “asegurar su propio desarrollo peculiar” y apartarse del peligro de la oposición de otros que puedan requerir los mismos objetos. Y tal como lo ilustró Cooley en el caso de la bebé que pasaba de controlar su botella a controlar a las personas a su alrededor, el individuo busca “las atenciones y los afectos de otras personas” e incluso esta necesidad puede extenderse a “cualquier idea concebible que pueda parecer parte de la vida de uno y que necesitara de afirmación contra alguien más”.<sup>68</sup>

La idea del *self*-espejo, una metáfora que se relaciona con la manera que nos percibimos y percibimos que otros nos perciben, es crucial para el análisis de Cooley. Lo que sigue sucede cuando nos encontramos frente al espejo:

En cuanto miramos nuestro rostro, nuestro cuerpo y vestimenta en el espejo, y nos interesamos en ellos porque son nuestros, nos encontramos satisfechos o no según que respondan o no a lo que nos gustaría que fueran; así en la imaginación percibimos en la mente del otro algún pensamiento sobre nuestra apariencia, modales, hechos, carácter, amigos y demás y nos vemos afectados de manera diferente por ésta.

---

<sup>66</sup> Read Bain, “Cooley, a Great Teacher”, *Social Forces* 9 (1930): 160-164, en esp. 161.

<sup>67</sup> Charles H. Cooley, “The Social Self—the Meaning of ‘I’”, 161.

<sup>68</sup> *Ibid.*, 162.

Una idea del *self* de esta clase parece tener tres tipos de elementos principales: la imaginación de nuestra apariencia a otra persona; la imaginación de su juicio sobre esta apariencia; y cierto tipo de sentimiento del *self*, tal como el orgullo o la vergüenza.<sup>69</sup>

Para Cooley, lo que nos lleva a un sentimiento de orgullo o vergüenza no es la reflexión mecánica de nuestro *self* o (en plural) de nuestros *selves*, sino un “sentimiento imputado”: es decir, el efecto que imaginamos que esta reflexión tiene en la mente del otro. “Siempre imaginamos”, nos dice Cooley, “y al imaginar compartimos los juicios de la otra mente”.<sup>70</sup> Los hombres, como ya pudimos observarlo en los bebés y en los infantes, sienten una ambición que “siempre tiene por su objeto la producción de cierto efecto en la mente de otra gente”.<sup>71</sup> Y este punto esencial es uno que retomarían otros sociólogos después de Cooley: Erving Goffman, entre otros muchos.<sup>72</sup>

\* \* \* \* \*

Mi insistencia en encontrar rastros del pensamiento de Goffman en Thomas y Cooley no debe ser considerada gratuita: si para nosotros Goffman es un clásico, es obvio que para él los clásicos eran Thomas y Cooley. Mi reiteración debe entenderse más bien como un intento por fincar una necesidad, entre las nuevas generaciones de sociólogos, para que *regresen*, por así decirlo, a los clásicos de nuestros clásicos. No sólo queda mucho por hacer en sociología, sino que resta mucho más por leer entre los viejos autores que tanto lucharon por diferenciar nuestra disciplina de otras tan cercanas y a la vez tan diferentes como la psicología y la propia antropología social. Nuestra tarea futura, pues, debe ser leer a esos antiguos clásicos, digerir sus enseñanzas, separar el trigo de la paja, e inventar formas nuevas, basadas en los escritos de aquellos pensadores, de hacer sociología.

#### IV

En las páginas que siguen el interesado encontrará una rara gema de la sociología norteamericana. El primer artículo que publicó Erving Goffman y que dio origen a su teoría sobre la presentación del *self* ante la

---

<sup>69</sup> *Ibid.*, 164.

<sup>70</sup> *Ibid.*, 164-165.

<sup>71</sup> *Ibid.*, 165.

<sup>72</sup> Los interesados en ver la reacción de George H. Mead ante la obra de Cooley deberán de consultar, además de los textos mejor conocidos, los siguientes artículos: Georg H. Mead, “The Social Self”, *The Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, 10 (1913): 374-380, y George H. Mead, “Cooley’s Contribution to American Social Thought”, *American Journal of Sociology* 35 (1930): 693-706.

sociedad. Este artículo, derivado de una versión que el joven canadiense presentó de manera verbal en 1949, ante la reunión anual de la University of Chicago Society for Social Research, es una excelente introducción a lo que muchos –con o sin razón– llaman el interaccionismo simbólico.

Goffman agradece al calce de su artículo a W. Lloyd Warner, Robert Armstrong, Tom Burns y Angelica Choate. De W. Lloyd Warner, sabemos, gracias a uno de los exégetas de Goffman, que era un antropólogo de la Universidad de Chicago y su maestro intelectual en 1945. Además de emprendedor (docente, investigador y empresario de las ciencias sociales), Warner fue un “juglar [...] fanático de la música popular y buen vividor”, características que quizá, según Yves Winkin, sedujeron a Goffman.<sup>73</sup> Warner fue quien recomendó al joven canadiense para que se le aceptara en el doctorado de la Universidad de Edimburgo: institución que, en 1949, inauguró el Departamento de Antropología Social.<sup>74</sup> De Angelica Choate nos informa Winkin que Goffman casó en julio de 1952.<sup>75</sup> Según el mismo autor, el artículo que aquí aparece “está ordenado como un ‘goffman verdadero’ (en forma de árbol), que sintetiza de manera original una cantidad enorme de obras y, sobre todo, que manifiesta las preocupaciones científicas y personales del joven canadiense por los signos de clase (llamados ‘símbolos’) que se exhiben o se disimulan en el juego interaccional”.<sup>76</sup>

La relevancia de los símbolos de status es clara cuando pensamos que es así como un forastero puede tener acceso a ciertos círculos sociales. Es por ello que los símbolos de status, como bien subraya Goffman pueden ser –y con frecuencia son– empleados de manera “fraudulenta” por personas interesadas en hacer creer a otros que son lo que pretenden ser. La sociedad ha desarrollado mecanismos para evitar que ciertos tipos de fraudes se den con facilidad, pero hay quienes logran eludir tales mecanismos. Los miembros de los círculos más cerrados son capaces percibir cierta inconsistencia (que puede reflejarse en cierto tipo de acento –digamos el de Tepito en la ciudad de México– que no concuerde con el supuesto status elevado de un locutor de radio de apellido extranjero, o en el uso de cierto tipos de diseños en las corbatas que no coincidan con las preferencias de los miembros de las clases elevadas) pero difícilmente pueden apuntar con exactitud a su origen.

---

<sup>73</sup> Yves Winkin, *Irving Goffman. Los momentos y sus hombres* (Barcelona: Ediciones Paidós, 1991), 39.

<sup>74</sup> *Ibid.*, 48.

<sup>75</sup> *Ibid.*, 65.

<sup>76</sup> *Ibid.*

Otro tanto sucede entre quienes pretenden arrojar una imagen de “intelectual” sobre sus personas. Se rodearán estos individuos de símbolos de status: cierto tipo de gafas; un estilo particular (y refinado) de recorte en el bigote; un portafolio donde cargar libros, una *laptop* y cuadernos de notas, y cierto tipo de zapatos –jamás zapatos tenis o huaraches–. Poseerán además varios títulos de postgrado y dominarán a la perfección al menos una lengua extranjera. Todo esto les permitiría conformar un conjunto que debería impresionar a primera vista a los no iniciados. Pero... ¿qué pasaría si se descubriera que las gafas no son para corregir una vista cansada por la lectura sino para proteger los ojos de un sol como el guaymense (o peor aún, para esconder la mirada a propios y extraños); que dentro del portafolio, en vez de libros o una *laptop* se cargan remedios de médico de pueblo; si se viera que la nuca del individuo que porta un bigote refinado se extiende, por debajo del cuello de su camisa, la melena de un bracero; que al menos uno de sus títulos (de cualesquier universidad nacional o extranjera) fue adquirido con pocos esfuerzos pero con buenos pagos en riguroso contado, y que no manejan ni una sola lengua extranjera? Absolutamente nada. Goffman es muy claro al respecto: “en términos generales [...] los símbolos de clase no sirven tanto para representar o falsear la posición del individuo, sino más bien para encauzar la opinión de otras personas, sobre éste”. Si nos sentimos pillados por el otro puede ser por su manejo relativamente hábil de los símbolos de status; pero a nosotros se debe el habernos equivocado respecto a su persona y el haberle dado acceso a un círculo cerrado.

El segundo artículo, de Eduardo Calvario (“Sobre la enfermedad: reflexiones teóricas desde el interaccionismo simbólico”), se plantea varias preguntas fundamentales: ¿de qué manera ha contribuido el interaccionismo simbólico a la reflexión de la enfermedad? ¿Cómo pueden los conceptos de *self*, el *otro generalizado* y el *master status* explorar las transformaciones identitarias y la influencia del grupo social? ¿Qué interacción se da entre el paciente y el médico y qué capacidad tiene el primero para enfrentar el aislamiento, el etiquetamiento y la presión institucional y familiar?

Las respuestas a estas y otras tantas preguntas constituyen la contribución de Eduardo Calvario. Su trabajo, como él mismo lo advierte, es una provocación. En efecto, Calvario quiere provocar al lector para que se interese por la sociología médica en general, y por el interaccionismo de la enfermedad, en particular. Para despejar las cuestiones, el autor pide al lector lo acompañe en su revisión de las principales aristas teóricas del interaccionismo simbólico relacionadas con la enfermedad, que comparta con él algunos de sus principios analíticos desarrollados en centros académicos estadounidenses. También invita Calvario a conocer sus críticas



y las que considera son prometedoras aportaciones en el quehacer investigativo de la salud.

Las ideas de Calvario quedan expuestas en cuatro apartados. En el primero el lector encontrará un marco de referencia que le permitirá conocer cómo se llega al interaccionismo simbólico y de qué manera puede ubicarlo en el espectro de la teorización sociológica. Enseguida, analiza dos modelos teóricos de la enfermedad: el de la crisis y el de la negociación. Mientras que ambos modelos conceptualizan a la enfermedad como parte de los “procesos de evaluación normativa” e interaccional, el primero considera a la enfermedad como expresión social desviante, y el segundo ve en el actor la capacidad de reaccionar ante el proceso de etiquetamiento o, en última instancia, de negociar una trayectoria terapéutica.

En el tercer apartado el autor describe algunos trabajos empíricos sobre el padecimiento y proporciona ejemplos de investigaciones con enfoque interaccionista. Por último, Calvario expone ciertas críticas generales a esta corriente, cierra con unas conclusiones preliminares y con un llamado a emplear enfoques micro que den cuenta de la manera en que los actores responden a las categorizaciones sociales y presiones sociales subyacentes a la enfermedad.

El tercero y más rico de los artículos que aparecen en este número de *Cuadernos de Trabajo* es el de Felipe Mora: “Para leer de *corrido*: de interacciones simbólicas y emociones sociales *postmortem* en el corrido de Rosita Alvérez”. En este ensayo Felipe Mora muestra el interés que puede tener para la sociología el analizar una situación descrita en un corrido y sucedida en una comunidad de México hace poco más de 100 años. Qué observar, analizar e interpretar, de una pieza inerte, como aparenta ser un corrido, es lo que destaca el autor.

El análisis lo lleva a cabo desde el interaccionismo simbólico. Sin embargo, el autor trata al corrido como un objeto de estudio cultural en sí, por tanto se da a la tarea de fundamentar su elección. Cuando intenta realizar esto, se topa con problemas históricos que le dificultan demostrar la veracidad de lo que se canta y cuenta en el corrido, y de las tantas versiones que existen del suceso. La búsqueda lo lleva también a dar cuenta de los actores centrales de la pieza, a quienes ubica en el contexto social y época en que vivieron.

Sobre esta base, Mora analiza e interpreta lo que debió ocurrir antes y después de la *situación interactiva* –el fatídico baile, lugar de encuentro de los actores– y nos informa sobre el contexto sociocultural en el que

actuaron los *agentes* y de las cuales depende, según el propio Goffman, el *sentido de la acción*. Mora reconstruye también sus *intenciones subjetivas* y hace presente una diversidad de *objetos* y de relaciones sociales del pasado recordado o reconstruido que espacial, temporal y socialmente se hallan ausentes del aquí y del ahora. Como buen analista, escudriña cada estrofa del corrido para destacar las interacciones, las emociones y el contexto de lo narrado, a la luz del interaccionismo simbólico. Insatisfecho con lo anterior, también recurre al individualismo metodológico y a algunos conceptos de la elección racional.

Esto es importante en el esfuerzo interpretativo del autor toda vez que implícitamente reconoce la necesidad de recurrir a elementos sociológicos, históricos y psicológicos para examinar la relación entre los valores, las acciones y el papel que desempeñan las instituciones en un tiempo y lugar determinados. Si exploramos con cuidado el trabajo apreciaremos que el autor deja ver el comportamiento de los agentes dentro de una estructura social o de una institución. Si bien reconoce que las instituciones se definen por sus normas y que la conducta individual se ve acotada dentro de ellas esto, según Felipe Mora, parece obedecer a lo que el actor declara (o cree) saber lo que debe y no debe hacer un buen miembro de la sociedad o del círculo al que pertenece.

Es en este punto donde Mora entrelaza el interaccionismo simbólico de Herbert Blumer y la elección racional de Jon Elster, para quienes –pero especialmente para el primero, como lo asegura el autor–, la organización social es un marco en cuyo seno las unidades “obrantes” o unidades que actúan llevan a cabo sus acciones. Las personas que operan no lo hacen en función de la cultura o la estructura social, sino en función de las situaciones. La organización social sólo influye en la acción en la medida en que configura situaciones en cuyo seno se desempeñan los individuos, y hasta el punto en que proporciona unos conjuntos fijos de símbolos que los individuos utilizan para interpretar las situaciones.

Para completar su análisis, el autor reflexiona sobre la trascendencia social y cultural que ha tenido en nuestro país el corrido en cuestión, especialmente su figura central, Rosita Álvarez: mujer que fue una víctima con suerte, pues como dice una de las varias versiones de la canción, “*de tres tiros que le dieron, no’ más uno era de muerte... ¡no’ más uno era de muerte!*”